

## GALICIA Y LOS OTROS PUEBLOS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

ENRIC UCELAY-DA CAL

*Universitat Autònoma de Barcelona*

Antes de comenzar, una disculpa. Aunque hijo de gallego letrado, no sé hablar y menos escribir en su idioma. He de confesar que mi padre, lusista militante, alguna vez se ilusionó con que yo me manejara en portugués, objetivo que sólo logró a medias. Pero, desde su peculiar exilio, el gallego se lo reservó para sí, como un lenguaje particular de diálogo interno, del cual yo quedé excluido.

Perdonen asimismo esta breve nota personal para explicar porqué uso el castellano en un contexto en que ello puede parecer un gesto poco amable, de inadaptación. El uso de según qué idioma siempre está cargado de significados ocultos a primera vista, que hacen que se argumente que el hecho de escoger una lengua u otra es siempre una decisión política. Ello puede que se deba, entre otras posibles razones, a lo que tiene implícitamente cada idioma de punto de vista geográfico, de balcón al mundo que apunta en unas direcciones determinadas y no en otras. La intervención original de esta charla, por fuerza diversa de su versión escrita, la presenté en portugués y la desarrollé en catalán, lo que comportó dos planteamientos geopolíticos, a la vez sobreentendidos, ambos diversos a lo que podría ser el supuesto común subyacente entre gallegos, y, a la vez, ambos contrarios entre sí. ¿Qué supuestos comunes contiene una imagen genérica como la mar, en portugués atlántico, de corriente muy fría, y el catalán mediterráneo, de aguas cálidas? Tan sólo hay que meditar las muy diversas resonancias políticas que tienen el pronombre de la primera persona del plural, recurso retórico minimalista para aludir a lo que se considera propio, usado en castellano, en gallego o en catalán (o en portugués dirigido a un público gallego) para entender que se traspasan fronteras estrechamente vigiladas, hasta minadas.

Aprovecharé esta percepción sobre la metafórica espacial de las lenguas peninsulares, en buena medida rivales una vez superada la diglosia característica de la premodernidad y la modernidad, para presentar unas sencillas

observaciones centradas en la política hispánica de los siglos XIX y XX; y digo «hispánica» de forma comprensiva, para evitar la exclusión implícita al hablar de «española», concepto que por fuerza arrastra una jerarquía de importancias estatales de lo trivial hasta lo relevante.

Aunque parezca incongruente tras esta presentación de matices, he de decir que soy bastante escéptico ante la utilización simplista o interesada de la clásica tesis antropológica «Sapir-Whorf» sobre el «vivir en un idioma», y todavía más reticente acerca de su aplicación política con entusiasmo mecanicista. Mis dudas con toda probabilidad surgen del hecho de que, cada día, yo «vivo» en tres idiomas (hablo con mi mujer y hasta cierto punto conmigo mismo en inglés, me enfado en castellano y enseño y me relaciono socialmente en catalán); según cómo, pueden llegar a ser cuatro o cinco, en función de visitas. El problema reside en que los individuos gozan o adolecen de muchas identidades a la vez, no sólo lingüísticas sino sexuales, sociales, por gustos y un largo etcétera, mientras que nuestra escasa capacidad imaginativa como humanos por ahora sólo sabe concebir (y, por lo tanto construir) comunidades políticas o institucionales más bien monísticas, fundamentadas en una categoría o, como mucho, en una limitada interacción de categorías. Considerados políticamente (lo que es un reduccionismo considerable), existe evidentemente una comunidad lingüística, pero sus componentes son a la vez muchas otras cosas, una observación elemental que es fácil olvidar. Y, entendido políticamente, es también patente que los idiomas, como sistemas lógicos, literalmente generan un punto de vista que es perceptible en cuanto se traten o se discutan cuestiones geopolíticas. Como ya he señalado, estas diferencias se hacen visibles nomás situar cualquier juego de relaciones afectivas sobre un mapa (como, por dar un ejemplo popular, con los equipos deportivos), a partir de lo cual todo se complica.

En la compleja variedad de identidades hispánicas, este contraste de perspectivas no llega a ser un huntingtoniano «choque de civilizaciones», pero sí un desencuentro. Es decir, las diversas culturas peninsulares que se afirman mediante idiomas siempre han realizado encuentros fallidos o decepcionantes, para descubrir su desacuerdo en casi todo menos en el dolor del encontronazo con el castellano y el medio «español», una queja que todas comparten.

Para explicar este juego, me sirven mejor los matices que ofrece el inglés: a partir de *talk*, «hablar», se puede *talk at* y *talk past* (literalmente «hablar hacia» o «hablar más allá de», o sea, dirigirse al interlocutor sin ánimo de comunicarse); y esto es lo que, a mi parecer, sucede entre los pueblos peninsulares, o, mejor dicho, entre los nacionalismos que dicen representarlos (o los intelectuales nacionalistas que se erigen en sus portavoces) y tratan de establecer vínculos orgánicos con sus homólogos. El hecho de que gallegos, vascos y catalanes estén cansados de escuchar cómo los voceros «españoles» *talk down* («hablar con condescendencia») y tengan ganas de *talk back* («replicar») no ha bastado —al

menos hasta el presente— para crear una percepción común que ya es negada por el mismo hecho del idioma. Para resumir, en la comunicación transcultural hispánica o ibérica se ejemplifica la famosa consigna de McLuhan: el medio es el mensaje. Dicho con la jerga de Baudrillard, los significadores están más en la forma que en el contenido, que se da por superfluo. En otras palabras, las culturas «periféricas» interaccionan para afirmar su existencia, ya que el trato con «el centro» español es su negación o, como poco, su supeditación. El hecho de que se hablen es más importante que nada que se tengan que decir. Por supuesto, desde las últimas décadas del siglo XIX en adelante, han abundado los intentos de promover enlaces políticos, plataformas, encuentros intelectuales y foros académicos, sin gran resultado. Es más, todo este desencuentro existe al nivel de relación organizada y las personas, cuando quieren, se entienden y hacen amistades que trascienden la incomunicación. Pero el patrón organizativo de desencuentro, de unión en contra que no a favor, queda en pie.

El desencuentro transcultural, tan debidamente articulado para parecer casi un ritual, tiene mucho que ver con la estructura urbana de la Península, en la medida en que la comunicación organizada es forzosamente un intercambio entre focos de mercado. A lo largo de la época contemporánea, la Península ha sido definida culturalmente por tres macro-centros. En España, hasta los años 1970, Barcelona desafiaba a Madrid como metrópolis y como capital en una secular carrera de dimensiones, recursos y habitantes. Lisboa, más pequeña como ciudad, sin embargo disfrutaba, gracias a su capitalidad de imperio, de un sentido alternativo de foco metropolitano, que igual quedó truncado tras 1974. Excepcionalmente, en momentos dados, se han producido gravitaciones entre las tres grandes ciudades: por ejemplo, el iberismo, en los años 1868-1871, dio un inusitado protagonismo lisboeta a la política española; y, para citar otro caso, en 1936-1939, durante la última Guerra Civil española, Madrid y Barcelona estuvieron juntas como pilares de la causa republicana. Pero, en general —y éste es el hecho decisivo— *los tres centros culturales se han ignorado mutuamente y, cada uno por su lado, los tres han mirado a París como «ciudad mundial»*. El resto del territorio español está marcado por la indefinición de los posibles focos de cultura. Valencia, por ejemplo, gracias al ferrocarril contenta de presidir la salida madrileña al mar, tradicionalmente ha mirado a la capital del Estado y no a Barcelona, con la que podría haber disfrutado de lazos lingüísticos particularistas. El resto del panorama está fragmentado en capitalidades regionales contestadas o disputadas: Sevilla replicada por Málaga o Granada; la imposibilidad de un referente central en el País Vasco, marcado por el antibilbaínismo, incluso dentro del Gran Bilbao; y, en cuanto a Galicia, la dispersión ya fue remarcada, hace tiempo, por el sociólogo Cores Trasmonte, en un bonito estudio titulado *El drama de la capitalidad en Galicia*.

Además, la suma del desencuentro lingüístico cultural hispánico y de los costes del sistema de ciudades español ha producido una especial narración

formulaica del nacionalismo, con implicaciones concretas para Galicia y el galleguismo frente a España y frente también al catalanismo y el nacionalismo vasco. La españolidad, que duda cabe, es la afirmación de la ciudadanía estatal por encima de cualquier otro criterio localista. Históricamente, el catalanismo ha reflejado la frustración de una ciudad metropolitana del tamaño de Madrid que está dotada con los mismos instrumentos políticos que Cuenca, núcleo administrativo provincial con una ínfima parte de su población; ha sido, pues, la ambición, propia de una «anti-capital», de realizar «España» como conjunto de partes construidas desde la base, para así dotar al territorio catalán del protagonismo al que su ciudad condal le hacía deudor. El nacionalismo vasco, por su parte, ha expresado, por añadidura a una relación traumática con la industrialización (ausente del discurso catalanista), la convicción de que el ser vasco es una ventaja innata, con la pretensión de que «los dejaran tranquilos», menos cuando conviniera, por «Madrid». No hay manera de conjumar todos estos pleitos con el quejido gallego por el atraso y la emigración, más allá de la convicción común de que la parte oprimida daba más al Estado parasitario de lo que recibía a cambio, y, así, si bien era predecible que los descontentos se reunieran para sumar agravios, también lo era que las demandas tan diferentes produjeran una y otra vez el desencuentro.

Si se sigue la pauta ofrecida por mucha de la crítica cultural actual, que insiste en que la ideología política se reduce a «narraciones» y «discursos», esta interacción más bien negativa del galleguismo con los otros nacionalismos anti-españolistas hace que el litigio gallego se pueda presentar como un cuento, repetido uno y otra vez: A cinsenta, la cenicienta. Infeliz Galicia, descalza vaqueiriña, es maltratada sistemáticamente por la proverbial cruel madrastra, España. Pero, por si fuera poco, tiene dos hermanastras pretenciosas, el catalanismo y el nacionalismo vasco, que la ridiculizan y la desdennan. Esta versión de la fábula es todavía peor, ya que a la cinsenta le salen enanos, una tropa de pequeños primos lejanos de la familia de la madrastra, unos regionalismos que reclaman ser «comunidad histórica» y copian todo lo que se le da al más débil de los nacionalismos. Recojo, como se puede constatar, la observación de Xosé Manoel Núñez Seixas acerca de la imitación que los regionalismos españoles hacen de la «agenda» nacionalista.

Para resumir y concluir, hay abundantes relaciones humanas, personalizadas, entre gallegos y los demás hispánicos. Hay una rica migración gallega a Madrid, Barcelona y otras partes. Pero las relaciones abstractas de «Galicia», del «nacionalismo gallego» con sus equivalentes han sido de forma consistente pobres. Mirando al siglo XXI, lo que parece claro es que la gran esperanza del siglo XIX, articulada en el XX, acerca de los beneficiosos efectos de la educación de masas, que había de producir un crecimiento exponencial de lectores y, por tanto, de cultura, no ha ocurrido en los términos lineales que todos en su tiempo anticiparon. Este esquema optimista, que subyacía a todos

los modelos nacionalistas hispánicos, incluyendo el español, ha fracasado. El patrón de la urbanización ya no acarrea con el mismo peso que el cambio acelerado en las comunicaciones, mucho menos flexible y menos personalizado que la vieja plaza o calle. El futuro de cualquier marco lingüístico minoritario, o al menos su supervivencia, se asegurará tan sólo por la destreza de su adaptación. Ya no funcionarán los proteccionismos culturales de antaño, porque la «industria de sustitución» —hacer un producto local equivalente al importado— ya no sirve. No sé lo que significará la adaptación, pero sospecho que casi con toda seguridad será una sorpresa, y dependerá de las variables menos evidentes. En todo caso, sea lo que sea, lo veremos. Muchas gracias a todos.